

## INTRODUCCIÓN

Catherine Ettinger y Louise Noelle

El Seminario de Arquitectura y Urbanismo de la Segunda Modernidad en México se ha venido desarrollando desde principios de 2010 como actividad de un proyecto CONACYT que reúne investigadores de la Universidad Autónoma Metropolitana, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma de Yucatán y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en un esfuerzo por ahondar en el estudio del periodo de consolidación e institucionalización de la modernidad arquitectónica en el país. El proyecto contempla varios ejes de interés y, como responsables del inciso sobre arquitectos, nuestro objetivo fundamental ha sido el de abrir un espacio para el estudio, el análisis y el intercambio de ideas acerca de temas relacionados con los arquitectos y urbanistas de México. Desde su inicio, el Seminario ha contado con la presencia y colaboración de buen número de colegas de diversas instituciones de educación superior y, con el objeto de ampliar los conocimientos, se propuso invitar a dichos académicos a colaborar en esta publicación.

Aunque, como es claro, el objetivo central del Seminario ha sido enriquecer los conocimientos de quienes formamos parte de él, en esta ocasión se presenta el resultado de un proyecto colectivo titulado *Los arquitectos mexicanos de la modernidad. Corrigiendo las omisiones y celebrando el compromiso*; este trabajo constituye una antología de textos enfocados al estudio de los arquitectos de nuestro país que han quedado con poca visibilidad en la historiografía a pesar de la relevancia de sus diversas actuaciones. Por sus aportaciones, este grupo de textos sin duda será de gran utilidad para estudiantes, interesados e incluso especialistas en arquitectura y urbanismo. Efectivamente, el principal interés es el de ofrecer elementos que les permitan acceder a un conocimiento sobre diversos artífices, sobre los cuales existe poca información publicada en la actualidad.

Los miembros del seminario que participaron en este proyecto son: Lourdes Cruz González Franco, Catherine Ettinger, Louise Noelle Gras, Alejandro Ochoa Vega y Enrique Urzaiz Lares; además, se contó con la colaboración de académicos invita-

dos, incluyendo a Elisa Drago, Alejandrina Escúdero, Carlos González Lobo, Cecilia Gutiérrez Arreola, María Eugenia Hurtado, Hans Kabsch, Ana y Francisco Javier Ortiz, Víctor Ramírez, Iván San Martín, Natalia de la Rosa y Jesús Villar.

El trabajo monográfico sobre arquitectos parte de reconocer que la actual figura del arquitecto corresponde a un concepto de reciente definición, pues la noción de un individuo determinado, cuyos conocimientos le permiten el diseño y realización de diversos edificios, se inicia en el Renacimiento. En este sentido, vale la pena recordar que uno de los primeros acercamientos a este género de estudio fue el de Giorgio Vassari, quien no hacía distinciones entre los diversos artífices y sus distintas expresiones dentro de las llamadas artes plásticas.<sup>1</sup> Es tan solo a partir del siglo XIX que aparece el arquitecto como un profesional, cuya educación institucionalizada le otorga un sitio específico, aunque siempre considerado como un artista. En la afamada *École des Beaux Arts* de París, que fungió como el modelo para muchas escuelas de arquitectura, se estableció en 1867 el "diploma" de conclusión de estudios, sin que este fuera obligatorio hasta finales de ese siglo.<sup>2</sup> En México, después de cerrar sus puertas en 1821, la Real Academia de las Nobles Artes de San Carlos se transformó en la Academia de las Tres Nobles Artes en 1843; sin embargo, fue hasta 1857, con Javier Cavallari, que se reorganizó la carrera de arquitectura con un cambio radical en el plan de estudios que combinó las materias artísticas con las científicas que se impartirían tanto en la antigua academia como en la Escuela de Ingeniería.<sup>3</sup> Después de una serie de vicisitudes, en 1897 la carrera de arquitectura recuperó su autonomía, pero fue tan solo en 1910 que pasó a formar parte de la Universidad Nacional.

Es importante subrayar que durante mucho tiempo se consideró que el arquitecto era un artista, y que solo logró un auge y reconocimiento cabal de su profesión en el siglo XX. Esta condición ha propiciado buen número de estudios monográficos sobre diversos arquitectos, buscando con ello un acercamiento a sus orígenes y aportaciones en un contexto histórico determinado. Aquí es importante destacar, como lo ha hecho George Kubler, que una biografía es tan solo una forma provisional de investigación, puesto que la verdadera sustancia histórica se encuentra dentro de la relación de la vida del artista con su propia época, así como con su posible

<sup>1</sup> Giorgio Vassari, *Vite de' più eccellenti architetti, pittori, et scultori italiani, da Cimabue insino a' tempi nostri*, 1542-1550.

<sup>2</sup> Ver Annie Jacques, *La carrière de l'architecte au XIXe siècle*, Editions de la Réunion des musées nationaux, Paris, 1986.

<sup>3</sup> En 1964 fue Academia Imperial y para 1967, como Escuela Nacional de Bellas Artes cedió a la Escuela de Ingeniería el otorgamiento de los títulos.

conexión con el pasado y el futuro.<sup>4</sup> De este modo se plantea el trabajo monográfico o biográfico que forma la base del presente tomo, reconociendo su valor como punto de partida para la comprensión de la producción artística ligada a su tiempo y circunstancias.

Nuevas perspectivas historiográficas han dado realce a la necesidad de ver más allá de los grandes acontecimientos y actores; en lo que se refiere a la arquitectura, más allá de las “estrellas”, con la finalidad de comprender la complejidad inherente a la producción arquitectónica y la participación de muy diversos autores en ella. Para el presente libro, sin aspiraciones de una visión totalizadora, se tomó la decisión de dar reconocimiento a un grupo de actores claves en la introducción e institucionalización de la modernidad arquitectónica en México, y en forma grupal se seleccionaron arquitectos que se consideraban relevantes sin haber recibido la atención merecida en la historiografía.

El contenido se ha organizado en cuatro bloques; el primero dedicado a la primera generación bajo el título “Los pioneros”, el segundo atendiendo como tema la diversidad en las maneras de entender la modernidad en el país, intitulado “Exploraciones divergentes”, un tercero llamado “En busca de la modernidad”, que reseña la obra de diversos actores y el cuarto que presenta casos relevantes de un momento maduro de la arquitectura moderna en México, bajo el título “La afirmación de la modernidad”.

El libro abre con un texto sobre Guillermo Zárraga escrito por Natalia de la Rosa, quien explora una faceta poco conocida de este arquitecto: su trabajo como planificador y su obra literaria. De la Rosa indaga los escritos literarios de ciencia ficción de Zárraga como una manera de aproximarse a su visión sobre la Ciudad de México. No obstante, su trabajo como planificador en la ciudad, Zárraga, en palabras de la autora, consideró “la destrucción de la capital como la mejor opción para un programa urbano” presentando una importante autocrítica a su propia labor. Este ensayo es una aportación importante para la historia de la planificación en México al mostrar la complejidad y las ambigüedades que la caracterizan al interior, por lo menos en lo referente a Zárraga. Además, muestra los usos de la literatura en la construcción de una historia que interpreta, herramienta muy útil para un momento en que muchos de los arquitectos participaban de otras artes.

<sup>4</sup> “Biography is a provisional way of scanning artistic substance, but it does not alone treat the historical question in artists’ lives, which is always the question of their relation to what has preceded and to what will follow them.” George Kubler, *The Shape of Time*, New Haven, Yale University Press, 1962, p. 6.

El segundo texto en la sección sobre los pioneros, escrito por Alejandrina Escudero, aborda el personaje de Carlos Contreras. La autora resalta el gran compromiso de Contreras de con México, quien estando contratado por la Universidad de Columbia (institución en la que se había graduado), eligió regresar a su país natal, aunque en un inicio tuvo que dedicarse a dar clases de dibujo con gran sacrificio personal. Además, es un caso interesante porque muestra cómo fluyeron las ideas urbanísticas en la época, asentando las bases para el desarrollo de la planificación en México. A decir de la autora, “su valor radica en haber puesto las bases para el desarrollo de la disciplina en nuestro país por medio de la divulgación de teorías, metodologías y estudios de caso provenientes de Estados Unidos, Francia e Inglaterra, la elaboración de planos reguladores, la fundación de organismos especializados y la redacción de leyes y reglamentos.”

Carlos González Lobo participa en el libro con un ensayo sobre Antonio Pastrana y Ochoa abordando diferentes momentos y facetas de su carrera, desde los años treinta y cuarenta con el desarrollo de una arquitectura habitacional excepcional que, en palabras del autor, destacó por “el uso de volúmenes rotundos, con plegaduras de concreto armado de espesores mínimos, usando celosías y texturas en contrapunto con placas nítidas de prosapia industrial y con toques de cultura vernácula, en aplanados con colores brillantes y contrastados con estructuras vistas”. González Lobo presenta además el proyecto para un casino, gimnasio y baños que se realizó en 1949 y 1953 para la Ciudad Universitaria; este proyecto, aunque no realizado, es fuente importante de reflexiones sobre las ideas de su autor. La participación de Pastrana en el desarrollo del Pedregal —en la parte correspondiente a Copilco— también se rescata en este texto, una actuación que ha quedado en el olvido frente a la gran visibilidad del desarrollo de la misma Ciudad Universitaria y del área residencial desarrollada por Luis Barragán. Para cerrar el ensayo, el autor presenta dos ejemplos de hospitales, además de varios proyectos menores, así como reflexiones sobre la importancia de Pastrana en la docencia en la UNAM.

Cerrando el primer bloque de artículos, Víctor Ramírez presenta la obra de Leonardo Noriega, participe de un momento de renovación y exploración en la arquitectura mexicana. Al igual que sus contemporáneos, Noriega tuvo oportunidades desde muy joven para participar en obra y mostró habilidad no solo para la innovación formal y técnica, sino también mostró inquietudes por el valor social y la relación entre la arquitectura y la ciudad; la obra del Parque México y su participación en varias tareas de planificación urbana son muestra de ello. El autor destaca como rasgo de este personaje, el saber ser conciliador en un momento de pugnas entre corrientes racionalistas y decorativas.

El segundo bloque de artículos, que conforman una sección titulada “Exploraciones divergentes”, incluye textos sobre Manuel Amábilis, Ricardo Rivas y Augusto Pérez Palacios, quienes participaron de manera importante en la exploración de una plástica mexicana propia. El primer texto está dedicado a Manuel Amábilis, y en él Enrique Urzaiz enfatiza el rol de este “ilustre yucateco” en la renovación de la arquitectura mexicana en el periodo de la posrevolución y el lamentable olvido en el que cayó en gran medida por las críticas de sus contemporáneos. Este ensayo invita a ver más allá de la forma y de los aspectos estéticos de la obra de Amábilis, para comprender también su pensamiento y la importancia que tuvo en el derrotero de la modernidad en México.

Louise Noelle atiende el tema de la integración plástica en la obra de Ricardo Rivas, destacando su cercanía con esta corriente desde los inicios de su carrera al participar con Enrique Yáñez en el proyecto para el Sindicato Mexicano de Electricistas que incorporó murales de David Alfaro Siquieros. En la reseña de diversos ejemplos de su obra, destaca los diferentes motivos artísticos—incluyendo lo prehispánico—y liga su uso con el momento que se vive en el país así como con las experiencias e intereses propios de Rivas.

El último trabajo de esta sección estuvo a cargo de Lourdes Cruz quien presenta el caso de Augusto Pérez Palacios, mejor conocido por su participación en el Estadio Olímpico de la UNAM. La autora muestra el personaje a través de un conocimiento detallado de su archivo, utilizando sus palabras—tomadas de diversos documentos o publicaciones— para acercarlo al lector. Pérez Palacios, al igual que los demás protagonistas de la modernidad retratados en este tomo, tenía un gran compromiso con los principios funcionalistas y con la sociedad. En su caso particular, su trabajo se sustentó en un profundo conocimiento de la obra y del cálculo estructural.

El tercer bloque de artículos, titulado “En busca de la modernidad”, incluye ensayos sobre Francisco Cossio e Ignacio Algara, José Hanhausen, María Luisa Dehesa, Alfonso Pallares y Marcial Gutiérrez Camarena, y da fe de las actuaciones de estos constructores principalmente en la segunda mitad del siglo xx.

El primer texto, a cargo de Jesús Villar, lleva al lector a San Luis Potosí y a conocer la obra de dos arquitectos formados en la Ciudad de México, Cossio y Algara, cuya actuación en sociedad marcó la ciudad de su residencia con una obra profusa en las décadas treinta, cuarenta y cincuenta. El autor, en lugar de realizar un enlistado tedioso de la amplia obra de este despacho, opta por presentar ejemplos detallados y bien descritos, que permiten comprender el legado del despacho en la ciudad.

Ivan San Martín aborda el caso de José Hanhausen, arquitecto formado hacia mediados de siglo con una actuación relevante en la construcción de aeropuertos, además de haber participado en la Ciudad Universitaria en el edificio para la Facultad de Economía. El autor destaca los rasgos funcionalistas de Hanhausen, tanto en obra pública como privada además de dejar en claro sus importantes aportaciones en una carrera muy larga, desde los años cuarenta hasta los ochenta.

María Eugenia Hurtado, a partir de entrevistas, reconstruye la carrera profesional de María Luisa Dehesa, la primera mujer en México en recibir el título de arquitecto. Traza su historia desde la infancia, su desempeño como estudiante de arquitectura y su trabajo profesional, tanto en proyecto privado como institucional, además de dar a conocer sus actividades de organización de agrupaciones profesionales de arquitectas.

Elisa Drago revisa la vida de Alfonso Pallares, un arquitecto formado aún en un esquema académico de *Beaux Arts*, músico concertista e importante teórico y crítico de la arquitectura durante las primeras décadas del siglo xx. Aquí es importante destacar el valor de rescatar otras actividades –como la crítica y la promoción de publicaciones– como elementos importantes para la comprensión del periodo. La autora destaca el hecho de que se trata de un personaje que vivió plenamente la transición entre siglos, quedando fascinado con los adelantos técnicos y los aspectos prácticos de la nueva arquitectura. Como a otros arquitectos de su generación, se le concedió la oportunidad de incurrir en actividades profesionales muy diversas, destacando entre ellas la planificación urbana, el desarrollo de la arquitectura hospitalaria, y por supuesto, la arquitectura doméstica.

Marcial Gutiérrez Camarena, nos advierte Cecilia Gutiérrez, fue un personaje multifacético, con un dominio de lo práctico y lo técnico, un lado humanista, una práctica profesional destacada y a la vez una docencia de gran compromiso. Miembro de la primera generación de arquitectos modernos en México, discípulos de José Villagrán García, comenzó su ejercicio profesional con sus compañeros de generación Mauricio M. Campos y Enrique del Moral, y desarrolló obras de diversos géneros, incluyendo arquitectura hospitalaria, doméstica y participó en Ciudad Universitaria.

El último grupo de ensayos refleja un momento en que se institucionaliza la modernidad en México bajo el título “La afirmación de lo moderno”. Los trabajos dan visibilidad a arquitectos opacados por ser partícipes de despachos importantes o de un trabajo institucional. Así, se presentan los trabajos sobre Enrique Guerrero, Guillermo Ortiz Flores, Enrique Carral, José Antonio Toriello, Ramón Torres y Héctor Velásquez.

Los arquitectos Enrique Guerrero y Guillermo Ortiz Flores son ejemplos de un continuado compromiso con los propósitos de la Revolución, ambos con importantes actuaciones en el ramo de la educación y de la salud y con un desempeño en el extranjero como expertos en arquitectura para la salud. En ambos casos, el participar en un trabajo institucional dio como resultado poca visibilidad de su trabajo en la historiografía de la arquitectura mexicana.

Catherine Ettinger aborda el caso de Enrique Guerrero, egresado de la Escuela Nacional de Arquitectura a mediados de los años treinta, quien, al igual que muchos de los personajes retratados en este volumen, comenzó desde muy joven con obra relevante en respuesta a las necesidades imperantes en el país. La autora rescata de documentación de archivo pistas sobre este personaje, en un intento de ir más allá de la identificación de su obra.

Guillermo Ortiz Flores, retratado por Ana y Francisco Javier Ortiz Islas, se desarrolló principalmente en el sector público, aunque también realizó obra privada y fue docente en el Instituto Politécnico Nacional. Su obra corresponde a un momento maduro del proyecto de dotación de espacios de salud, vivienda y educación a la población; no obstante, los autores muestran su aportación, en particular, con la introducción de elementos prefabricados en la construcción de fachadas.

Enrique Carral es otro arquitecto que ha figurado poco en la historiografía, a decir de Alejandro Ochoa, quien ha estudiado este personaje por trabajar en sociedad con Augusto H. Álvarez. En el capítulo respectivo, el autor destaca no solo la importancia de su labor con Álvarez, también indaga la obra que hizo Carral de manera independiente en una carrera que abarcó distintos géneros de edificios en los años cuarenta, cincuenta y sesenta; en particular presenta un análisis del Conjunto Urbano Manacar, el cual considera la obra de mayor aportación de Carral.

Viajando a Chiapas a través de la pluma de Hans Kabsch, conocemos a José Antonio Toriello, un arquitecto formado en la ciudad de México pero llegado a los trópicos en la década de los sesenta. El ensayo muestra cómo la introducción de la modernidad se dio en distintas temporalidades en México según la región. Como uno de los primeros arquitectos modernos en Chiapas, Toriello tuvo a su cargo las más diversas obras, incluyendo aquellas de infraestructura y vialidad, de vivienda unifamiliar, edificios de oficinas o de departamentos, equipamiento como mercados, rastros y escuelas, además de intervenciones en patrimonio histórico y actividades de planificación urbana.

El libro cierra con un acercamiento en el tiempo a lo que Louise Noelle considera uno de los últimos momentos de la hegemonía de la modernidad arquitectónica en México en la década de los sesenta. La autora revisa la actividad profesional del despacho de Ramón Torres y Héctor Velázquez, arquitectos formados a mediados

del siglo xx, quienes trabajaron en forma conjunta durante toda su vida profesional, además de tener una labor docente relevante. El texto permite seguir otro momento de la modernidad en México: las décadas de los cincuenta y sesenta, que para muchos fue la culminación del proceso de transformación en la arquitectura mexicana que había iniciado en la segunda década del siglo.

En suma, este volumen busca contribuir a la construcción de la modernidad arquitectónica y urbana de México, al revelar no solo personajes poco visibles hasta ahora, sino también procesos propios de diferentes momentos en el siglo xx, así como en distintas regiones. Sorprende ver a través de la temporalidad cubierta en este volumen la persistencia de los valores que desde la primera generación de arquitectos modernos se inculcó en los estudiantes de arquitectura. La continuada presencia de las enseñanzas de José Villagrán, la sensibilidad hacia las necesidades sociales y la adecuación a las condiciones particulares de lugares y momentos caracteriza el trabajo de los arquitectos reseñados.